

nuestra población, (1). Como se ve, Napoleón no repudia la ambición de la monarquía universal; si la encuentra irrealizable, es porque le faltan soldados: sus antiguas bandas habían perecido en Moscow y las jóvenes generaciones en Leipzig. Esa es la única razón por la cual el emperador renuncia á los *inmensos proyectos* que había formado. No ve todo lo que tenían de quiméricos en sí mismos; todavía ve menos que violaban los derechos de las naciones: el fin le parece legítimo tan sólo porque es grande, gigantesco.

De todas las ideas de Napoleón, la restauración del imperio de Carlomagno es ciertamente la más falsa y la más quimérica. Cuando se hablaba de reconstituir el imperio de Occidente, ¿se formaba una idea exacta de lo que había sido el imperio de Carlomagno? Por una singular ignorancia de los hechos más elementales de la historia, confundía el imperio de Carlomagno con el sacro imperio romano; se imaginaba que el feudalismo había sido la base de él, mientras que Carlomagno había querido resucitar el imperio de Roma, ahogando el feudalismo naciente bajo el peso de la unidad romana. Pero el espíritu de individualidad germánica fué más fuerte que esta impotente tentativa. Lejos de ser los feudos una parte integrante del imperio carolingio, fueron la causa de su disolución. Querer restaurar el imperio de Occidente con monarquías vasallas y con feudos era aliar los elementos más contrarios, los más inaliabiles. A decir verdad, los señoríos y los feudos de Napoleón son palabras vacías de sentido.

La ignorancia hace un gran papel en las cosas humanas. Léese en las obras de Luis Napoleón "que durante ocho siglos el *sistema feudal y religioso* establecido por Carlomagno gobernó la Europa y sirvió de transición entre la sociedad romana y la que surgió después de 1789, (2). ¿No se diría que el sistema feudal fué establecido por un decreto de Carlomagno, como los feudos imperiales lo fueron por Napoleón? Los niños saben hoy que en tiempo de Carlomagno no había aún feudos; ni aun el nombre existía; los niños saben que el feudalismo tiene sus raíces, no en las leyes, sino en las costumbres de los Germanos y en el

(1) THIERS, *Historia del Consulado y del Imperio*, libro II (tomo V, p. 355).

(2) LUIS NAPOLEÓN, *la Idea napoleónica* (Obras, t. III, p. 233).

estado social nacido de la conquista (1). ¿Qué diremos del *sistema religioso establecido por Carlomagno*? ¿Acaso el rey de los Francos había fundado el catolicismo? El dominaba á los papas, mientras que, en la Edad Media, durante los ocho siglos de que se habla, los papas dominaban á los reyes y á los emperadores. Inútil es insistir en esta duración secular de las instituciones carolingias. Lo que Carlomagno quiso fundar pereció con él; y ¿qué fué lo que prevaleció? El feudalismo naciente que había querido subordinar al poder real.

Todo es quimérico en esta *idea napoleónica*. En realidad, el ideal de Napoleón no era ni el imperio de Carlomagno, ni el feudalismo, ni el catolicismo, era la monarquía universal, á la manera de los Césares de Roma. El feudalismo es la expresión más enérgica de la individualidad; lógicamente destruye toda idea de imperio y hasta de poder real. Napoleón no tenía intención, ciertamente, de ser el señor impotente de vasallos más fuertes que él. En Francia, él era el único amo, el único representante y órgano de la soberanía. No reconociendo derechos individuales en los ciudadanos hechos súbditos, ¿cómo había de respetar la individualidad de las naciones? Esa es la gran censura que le dirige la historia.

### III

Napoleón habla más de una vez en Santa Elena de sus *inmensos proyectos*, que también llamaba sueños; sueños, en efecto, porque son contradictorios y confusos, como los alucinamientos de la razón cuando el cuerpo está dormido. La expedición de Rusia debía ser la última guerra: "Era para la gran causa el fin de los azares y el principio de la seguridad.", Napoleón repetía esto desde su consulado: cada guerra debía ser la última, mientras que cada guerra engendraba una nueva, por el abuso que el vencedor hacía de la victoria. Pero supongamos celebrada la paz: "Un nuevo horizonte de nuevos trabajos iban á desarrollarse, completamente llenos de bienestar y de prosperidad para todos. El *sistema europeo* estaba fundado; ya no se trataba más que de organizarlo.", ¡El sis-

(1) Véanse mis *Estudios sobre los Bárbaros y el catolicismo*

tema europeo! Es una gran palabra; pero ¿qué quiere decir en boca de Napoleón? Europa estaba á sus pies cuando emprendió la guerra de Rusia; vencedor, hubiese sido el dueño absoluto. Europa en manos de un solo hombre, esto es lo que hubiese sido el *sistema europeo*.

"El emperador, continúa Las Casas, pasaba en revista lo que hubiese propuesto para la prosperidad, los intereses, el goce y bienestar de la *asociación europea*." Así, pues, el sistema hubiese sido una *asociación*. ¿No hubiera sido la sociedad la del león? La asociación supone la libertad y los derechos de la individualidad; si no, se convierte en despotismo. ¿Es así como la comprendía el emperador? "Hubiera querido los mismos principios en todas partes. Un código europeo, un tribunal de casación europeo, corrigiendo, para todos, los errores, como el nuestro corrige, en nuestro país, los de nuestros tribunales. Una misma moneda bajo cuños diferentes, los mismos pesos, las mismas medidas. La Europa, decía, hubiese hecho muy pronto un mismo pueblo, y cada cual viajando por ella se hubiera hallado siempre y en todas partes en la patria común.", Lo que domina en el *sistema europeo* de Napoleón es la idea de la unidad, mejor dicho, de la uniformidad, lo que nos conduce al despotismo, porque allí donde no hay vida individual no hay libertad.

No hay necesidad de decir que hubiese reinado la paz en la Europa napoleónica. No más ejércitos permanentes, excepto la guardia imperial y los guardias reales. En rigor, los soberanos hubieran podido pasar sin guardias, porque todos se convertían en reyes de Ivetot. "De vuelta en Francia, decía el emperador, en el seno de la patria, grande, fuerte, magnífica, tranquila, gloriosa, hubiese proclamado sus límites inmutables, toda guerra futura, puramente *defensiva*, todo engrandecimiento nuevo, *antinacional*." Hemos otra vez en los principios del 89. Sin embargo, Napoleón añade que París hubiese sido la capital del mundo. Lo que implica una monarquía universal y no una asociación. Sigamos todavía un instante al emperador en el seno de sus Estados: "Y después mis ocios y mis viejos días hubiesen sido consagrados, en compañía de la emperatriz, á visitar en verdadera pareja campesina todos los rincones del imperio, recibiendo las quejas, corrigiendo las faltas, sembrando en todas partes los monumentos y los be-

neficios... ¡Querido, este era también uno de mis sueños!..." (1).

El sueño terminó por un idilio. No tomaremos á Napoleón *campesino* por lo serio, su asociación no hubiese sido más seria. La hemos ya visto bajo el nombre de *sistema federativo*, y sabemos lo que esas palabras quieren decir: es la dominación de la Francia que se extiende directa ó indirectamente en el continente. Los embellecimientos que se dieron en Santa Elena á esta idea napoleónica no cambian su naturaleza. La asociación verdadera supone el libre consentimiento de los asociados. ¿En dónde hubiera estado la libertad de las naciones y de los soberanos bajo la dominación ó el protectorado del vencedor de Moscow? Hubiera reunido á los príncipes en un congreso y formado una santa alianza de los reyes; son ideas, dice, que le ha robado la coalición. Sabemos lo que fué el congreso de Viena después del heroico esfuerzo de los pueblos. ¿Qué hubiese sido un congreso napoleónico después que el emperador hubiera destruido la única potencia que se había atrevido á resistirle?

¿Para qué, pues, insistir en demostrar la inutilidad de un sistema que no es serio? Ni aun lo hubiéramos mencionado, si el heredero del emperador no hubiera ensalzado su *sistema europeo* como una de esas magníficas ideas que concibió un genio enviado por Dios para salvar á la humanidad: "Reemplazar, dice Luis Napoleón, entre las naciones de Europa, el *estado de naturaleza* por el *estado social*, tal era el pensamiento del emperador." Es el sueño del abate de Saint-Pierre, si se trata de una confederación; es el cesarismo, si se trata de un imperio. ¿Cuál de las dos es? Sería ridículo el ver en Napoleón el émulo del buen abate, cuyos proyectos filantrópicos hacían las delicias de Voltaire y de Federico. El sobrino nos dirá el verdadero pensamiento del tío: "Los intereses *europeos* hubieran dominado á los intereses *nacionales*, y la humanidad hubiese quedado satisfecha, porque la Providencia no ha podido querer que una nación no fuese feliz más que á expensas de las demás, y que no hubiese en Europa más que vencedores y vencidos, y no miembros reconciliados de una misma y grande familia." (2). Este es el lenguaje de

(1) LAS CASAS, *Memoria de Santa Elena*, t. V, p. 284-286 edición en 12.<sup>o</sup>.

(2) LUIS NAPOLEÓN, *Ideas napoleónicas* (Obras, t. I, páginas 318-320).

todos los que ven en la monarquía universal el ideal de la humanidad. El Dante y Leibnitz hablan también de armonía y de concordia, como si la paz fuese el fin del género humano. No, el ideal es la libertad, la libre acción de los individuos y de las naciones. La paz no puede resultar más que del concurso voluntario de las nacionalidades; si es forzoso, no es ya un beneficio, es una esclavitud; no es ya un elemento de porvenir, sino un principio de decadencia.

### § V. — Napoleón y las nacionalidades.

#### I

En Santa Elena, Napoleón se proclama el campeón de las nacionalidades. "Uno de mis mayores pensamientos, dice (1), había sido la aglomeración, la concentración de los mismos pueblos geográficos, que han disuelto, dividido las revoluciones y la política. Así es que se cuentan en Europa, aunque esparcidos, muchos millones de Franceses, quince millones de Españoles, quince millones de Italianos, treinta millones de Alemanes. Hubiese querido hacer de cada uno de esos pueblos un solo y mismo cuerpo de nación. Con tal comitiva hubiera sido hermoso el presentarse á la posteridad y á la bendición de los siglos. Yo me sentía digno de esta gloria." Si, ese era el camino de la gloria, porque ese es el camino del porvenir. Si el emperador hubiese tenido realmente el proyecto de constituir las nacionalidades, hubiera sido el verdadero héroe civilizador de los tiempos modernos, porque la tendencia de nuestro siglo y de los siglos futuros es de reemplazar los Estados, frutos de la casualidad, de la fuerza, de la conquista, por las naciones cuyo principio está en Dios. Pero ¿es bien cierto que Napoleón haya tenido ese gran pensamiento?

Añade "que la aglomeración de los treinta ó cuarenta millones de Franceses era hecha y perfecta." La ambición de la Revolución era el dar á la Francia sus fronteras naturales, es decir, el constituir definitivamente la nacionalidad francesa. La obra se había realizado, cuando el general Bonaparte usurpó el poder. ¿Qué tenía que hacer para proteger esa magnífica herencia? Hacerla aceptar

(1) LAS CASAS, *Memorial de Santa Elena*, t. VII, p. 122-126.

por la Europa, probándole que nunca Francia pasaría el Rhin, ni la Bélgica, ni la Saboya. Ahora bien, apenas elegido primer cónsul, Napoleón anexionó el Piamonte á la república, después decretó reunión sobre reunión: ¿fué para formar la nación francesa por lo que anexionó á su imperio la república de Génova, Parma, Toscana y Roma? ¿Fué á título de Galos por lo que los Holandeses y los Alemanes de las ciudades anseáticas fueron confundidos en un imperio que no tenía por límites más que la ambición ilimitada del emperador? Cuando se derrumbó ese gigantesco edificio, la Francia perdió los límites que había conquistado con su sangre más pura. ¿Y por culpa de quién? La Europa coaligada ofreció al emperador los límites del Rhin, y más allá á Praga; le ofreció también los límites naturales de la Francia en Francofort. ¿Por qué fracasaron las negociaciones? Porque Napoleón, poseído del demonio de la ambición, no quiso renunciar á la dominación del Occidente. Sacrificó la nacionalidad francesa á su egoísmo de conquistador. Nosotros, habitantes de las provincias anexionadas, debemos congratularnos por esas faltas, por esa locura: los Alemanes han sido devueltos á la patria alemana, los Belgas han conquistado su independencia, y con el apoyo de Dios, piensan conservarla.

Napoleón comprendía tan poco el advenimiento de las nacionalidades que se preparaba en la Europa moderna, que se vanagloriaba de la guerra criminal de España, como si su objeto, al engañar á los Españoles primeramente, y después al atacarlos en su suelo, hubiera sido el formar su nacionalidad. ¡Singular manera de fundar la nacionalidad de un gran pueblo la de despojarlo de su independencia, imponiéndole una monarquía que no quiere! Sin embargo, bajo el punto de vista providencial, es muy cierto que la asechanza de Bayona, seguida de la más injusta de las guerras, devolvió la vida á una nación que se creía ahogada por el régimen embrutecedor de la superstición unida al despotismo. Hé ahí un beneficio con el cual no se honrará á Napoleón. La nación española lo debe á su valor indomable y á Dios. Si Dios sabe sacar el bien del mal, eso no impide que el atentado de Bayona sea uno de los mayores crímenes de que se ha hecho culpable la política.

Napoleón pretende también que trabajó por la aglomeración de los Alemanes. Se engaña al decir

que las poblaciones de Alemania estaban preparadas á la *centralización*, como se expresa. Es cierto que durante las largas guerras de la Revolución no se descubre un átomo de patriotismo en los mil pequeños Estados que encerraba el imperio; lo que se encuentra á cada paso, según el testimonio de los historiadores alemanes ellos mismos, es la pequeñez de espíritu, es el egoísmo que no ve más que el interés del momento, es la carencia de toda vida pública (1). Cuando el primer cónsul hizo ocupar el Hannover, el sacro imperio existía aún, pero no quedaba ya ningún sentimiento de honor ni de dignidad: en Ratisbona no se vió más medio de proteger la integridad de la Alemania que un llamamiento á la Rusia. Cuando una audacia criminal violó el territorio de Baden para coger al duque de Enghien, ¿qué hizo la dieta para obtener una reparación de ese atentado? Nada. Nos equivocamos. Los príncipes alemanes y los más poderosos rivalizaron en abyección cuando el primer cónsul colocó en su cabeza la corona imperial. Les pareció que Napoleón no estaba mal en su compañía. Debe decirse que les hizo demasiado honor rebajándose hasta ellos.

Ni aun tiene el consuelo Alemania de decir que la nación valía más que los miserables príncipes que la gobernaban en provecho de sus miserables intereses. Digamos más: semejante régimen, continuado durante tantos siglos, debía destruir todo sentimiento nacional y toda dignidad humana. Así se comprende que Goethe compusiera dramas mientras Alemania estaba encadenada. Schiller mismo, ese ídolo de los Alemanes, tenía tan poca conciencia de su rebajamiento, que en su correspondencia con el padre del heroico Koerner, no dice una palabra de patria, ni de libertad, ni de los grandes acontecimientos que se realizaban en los campos de batalla: ¡no se habla en ella más que de poesía y de estética, de teatro y de actores! (2).

Una nación degradada hasta ese extremo no hubiera encontrado nunca en sí misma la fuerza de regenerarse; fué preciso casi un milagro: estaba muerta, debía renacer. Los príncipes de la confederación renana llamaban á Napoleón el salvador de la Alemania; decían la verdad, pero no como ellos

(1) HEUSSER, *Deutsche Geschichte*, t. II, p. 476, 496 y siguientes, 506.

(2) HEUSSER, *Deutsche Geschichte*, t. II, p. 525-529.

la comprendían. No pensaban más que en su egoísmo de soberanos, y no dependió de ellos el que no se perpetuase en Europa la dominación francesa. Así lo dicen los historiadores alemanes; reconocen que, si el sentimiento de la patria se despertó, hay que agradecerse al exceso de opresión extranjera. Cuando los Alemanes se vieron explotados y despreciados por sus amos, cuando cada hombre sintió el peso de la tiranía hasta en su hogar doméstico, la insolencia de la soldadesca, la rapacidad del fisco, después ese impuesto de sangre que se llamaba la quinta y que era el primer paso hacia el matadero, cuando el despotismo imperial ofendió á cada familia, fué cuando el pueblo empezó á echar de menos la libertad perdida y á desear la unidad que da la fuerza. Del exceso del mal salió la insurrección de 1813; los Alemanes, en su bondad natural, se felicitan del mal mismo, diciendo que fué necesario para sacudir su letargo; pero no es á Napoleón á quien deben agradecimiento, á menos que la víctima no lo deba á su opresor (1).

#### II

Hasta aquí no hemos hablado más que de las naciones ya constituidas, aunque más ó menos imperfectamente. Hay otras más desgraciadas, las que han perdido su existencia nacional ó que no la han poseído nunca. Napoleón se vanagloria de haber adelantado mucho la formación de la nacionalidad italiana. Ya al recibir la diputación que le ofrecía la corona de Italia, el emperador dijo á Melzi, que había tenido siempre la intención de crear libre é independiente la nación italiana; añadió que aceptaba la corona, pero que la guardaría únicamente el tiempo que los intereses de Italia lo exigieran. En Santa Elena volvió á extenderse largamente sobre este asunto. Leemos en las Memorias de Montholon: "Napoleón quería volver á crear la patria italiana; reunir los Venecianos, los Milanese, los Piamonteses, los Genoveses, los Toscanos, los Parmesanos, los Modeneses, los Romanos, los Napolitanos, los Sicilianos, los Sardos en una sola nación independiente: ese era el trofeo inmortal que levantaba á su gloria. Pero había muchos obstáculos que vencer. Había dicho á la consulta de Lyon: *Necesito veinte años para restable-*

(1) HEUSSER, *Deutsche Geschichte*, t. II, p. 467, 524.